

MÓNICA PATRICIA ESCAYOLA

por Lisandro G. Rodríguez



Tengo el honor de escribir estas líneas solo por fortuna de que el destino me haya regalado compartir con la Dra. Escayola sus/mis (nuestros) trabajos en las Sierras Cordobesas. Se trata de esas mismas sierras a las que ella misma iba de paseo con sus padres y que estudiaba con detalle desde su infancia, como una niña inquieta y apasionada, forjando lo que más tarde sería su vocación. Ese entorno natural terminó siendo su laboratorio al aire libre; un lugar al que dedicó años de su vida, llevándola a postular hipótesis sobre su evolución que aún hoy continúan analizándose.

Su recorrido profesional es por demás apasionante. A lo largo de su trayectoria ha dedicado un intenso trabajo de investigación enfocado en la geotectónica litosférica, pero principalmente al estudio de la petrología de rocas máficas y ultramáficas para entender distintos procesos mantélicos, suturas y colisiones asociadas con la historia de los continentes y océanos.

No es difícil comprender su dedicación por el basamento metamórfico y las rocas ultramáficas al conocer que, ya desde su etapa como estudiante en la Universidad Nacional de Córdoba, supo integrar la Cátedra de Petrología Ígnea del Dr. Carlos Gordillo. Más tarde, viajaría

a Buenos Aires con la convicción de que la mismísima Dra. Luisa Villar, una pionera y experta en el estudio de rocas máficas en Argentina, fuese su directora de tesis doctoral.

Su sólida formación la llevó a recorrer diversas geografías, realizando un importante trabajo de campo, preparando incluso con sus propias manos muchas de las muestras que terminaría analizando, algunas veces en forma personal, dentro de laboratorios de primer nivel y con los más altos estándares científicos.

Gracias a su empeño e inagotable dedicación, la Dra. Escayola desarrolló además una extensa carrera docente e investigadora en múltiples instituciones nacionales (UNC, UBA, UNSa, UNTdF, UNLP) e internacionales (en Alemania, Australia, Brasil, Canadá, Colombia, España, Suiza y Turquía); logrando formar un

sinnúmero de recursos humanos, pero por sobre todo fortaleciendo y afianzando lazos entre las instituciones, así como promoviendo vínculos colaborativos entre muchas de ellas y el CONICET.

Sin embargo, me enorgullece poder destacar en estas líneas que una trayectoria de su calibre queda en segundo plano cuando se conoce su calidad humana. Como uno de sus tantos y orgullosos tesisistas, pude disfrutar bajo su dirección de su increíble humildad y apertura para la discusión científica, demostrándome con hechos que la ciencia es una actividad colectiva, y que solo hay que animarse a ser parte de ella.

Recuerdo el día en que nos escribió un cálido correo a un puñado de colegas, entre los que nos encontrábamos muchos de sus más recientes tesisistas, becarios y compañeros de la UNTdF, diciéndonos que había llegado la hora de jubilarse. Sus palabras no fueron de despedida ni de desconsuelo por la añoranza de lo vivido; por el contrario, siendo nuestra referente nos llenó de agradecimientos por haberla hecho parte de nuestros proyectos como si ella fuese una par más, motivándonos a mantener viva esa misma curiosidad para seguir escribiendo nuestra propia historia.

Sabíamos que para una investigadora con semejante vocación era una instancia movilizante. Mi primera impresión fue que algo así era impensado para una mujer tan apasionada por su profesión. Con el pasar de los meses entendí que, si bien

su entusiasmo permanecía intacto, una nueva etapa comenzaba para ella, la de permitirse disfrutar de nuevas historias de vida junto a sus hijos y nietos. Esas mismas historias en familia que las largas campañas

y estadías académicas en el exterior hicieron difíciles de escribir en otros tiempos, aunque le permitieron forjar el legado científico y humano que hoy deja vigente a toda nuestra comunidad.